



Gustavo Adolfo Bécquer

Antigüedades prehistóricas de España

ANTES de dar a luz las notables Cartas prehistóricas con que nuestro querido amigo y colaborador don Manuel de Góngora viene a prestar interés a las columnas de La Ilustración de Madrid, nos ha parecido oportuno decir algunas palabras acerca del nacimiento y desarrollo de esta nueva ciencia, apuntando las nociones elementales que pueden facilitar en cierto modo su comprensión y dar idea, aunque ligera, de su importancia.

La aparición de la ciencia prehistórica, como todos los grandes desenvolvimientos de ideas, se ha venido preparando lentamente; y mucho antes de que formulara principios generales y recibiera nombre gráfico ya pudieron notarse las desviaciones del espíritu de investigación de los hombres científicos que, abandonando los senderos trillados, habían de dar lugar a su nacimiento.

La historia filosófica y grave, detenida en las fronteras de la fábula, pugnaba por ganar terreno en aquel campo misterioso, personificando los mitos y buscando el origen de los dioses en la glorificación de los héroes.

El estudio de las razas, ensanchando el horizonte de las edades, traía a planos relativamente próximos las que ocupaban los últimos términos; y en pos de éstas, que entraban en el dominio de la realidad, iban apareciendo otras y otras, vagas y confusas, pero de las que podía presumirse que no eran aún las originarias.

Por este tiempo la geología se empeñaba en el inmenso trabajo de

reconstruir los anales del globo, y nos hacía asistir a las espantosas convulsiones y las titánicas luchas de los elementos que lo forman, hasta decirnos cómo fueron apareciendo y modificándose la Flota y la Fauna primitivas.

Quedaba, sin embargo, por resolver una gran cuestión. ¿En qué momento aparece el hombre? En la duda, y ajustándose a las conclusiones rigurosamente lógicas de su sistema, la ciencia negaba al hombre hasta el punto en que encontrara sus restos.

En medio de los primeros cataclismos, era natural que ni aun los buscara. Pero se producen las plantas y no se encuentra rastro suyo; llega el período de los grandes paquidermos, y tampoco. Se estudian los sedimentos de la transformación conocida con el nombre de el diluvio, y, a pesar de las más autorizadas tradiciones, la geología, no encontrando sus huellas, afirma que la raza humana es posterior a aquella gran catástrofe.

La ciencia, separándose de este punto de la tradición, con la cual venía hasta allí como de la mano, no sospechaba que después de un largo rodeo debía encontrarla otra vez en su camino. En efecto, los que estudian al hombre como centro en derredor del cual gira todo lo creado, como punto culminante con el que se relaciona cuanto existe, presienten su aparición contemporánea de las razas de animales que han desaparecido, y creen ver sus huellas en los objetos de piedra toscamente labrada que se hallan diseminados por diferentes puntos del globo. No obstante, estos objetos se encontraban casi siempre en la superficie de la tierra o en capas que no probaban terminantemente su remota antigüedad. Al cabo se descubren algunos pedazos de sílex simétricamente cortados en terrenos aún no removidos y en yacimientos geológicos, que prueban la existencia del hombre coetáneo de los fósiles.

¿Pero debía caer al suelo todo un magnífico sistema, por un pedazo de piedra, con un corte o una depresión, al parecer obra de la industria humana? La generalidad se encoge de hombros ante aquella prueba, mientras los menos, concediéndola alguna más importancia, tratan de explicar de otro modo el hecho. Mas había llegado el momento de la revelación completa, y por último aparece el hombre fósil. Boucher de Peters, el infatigable sostenedor de esta teoría, el patriarca de la ciencia prehistórica, somete al examen del mundo científico la famosa mandíbula de las canteras de Moulin Quignon.

La prueba es decisiva y los refractarios sólo pueden poner en duda la autenticidad del objeto que la constituye. Acerca de este punto de la cuestión se traba una reñida contienda entre los sabios, que da origen a la especie de proceso científico que se resuelve por medio de una reunión de eminencias en diversos ramos del saber humano, presididas por el célebre Milne Edwards. Y en este punto se tocan las ventajas de los estudios y los sistemas, fundados en la observación de datos y hechos positivos. Acaso por la primera vez resulta un acuerdo general entre distintas y encontradas opiniones, que no pueden resistir a la evidencia al examinar un hecho concluyente sobre el terreno en que se ha producido.

A partir de este momento, los apóstoles de la nueva ciencia se diseminan por diversos países y comienzan a hacer prosélitos. Ya se fija la atención en ella, se habla, se escribe y se estudia, viniendo a coronar estos esfuerzos, sancionando sus principios, el descubrimiento de las

ciudades lacustres de Suiza, donde bajo las aguas de los lagos se encuentran restos de habitaciones, útiles, armas y objetos que prueban la existencia del hombre en cierto grado de civilización en una época que los cálculos geológicos no vacilan en remontar a cinco o seis mil años de distancia de la nuestra. Semejantes o parecidos descubrimientos coinciden con éstos, o los siguen muy de cerca, en Italia, Alemania, Francia, Escocia e Irlanda, y animados con sus triunfos los propagadores de la idea, celebran congresos, dan nombre de ciencia prehistórica a aquel nuevo linaje de estudios, y sientan los principios generales dividiendo la época primitiva en cuatro grandes períodos:

Megalítico o de la piedra tallada.

Neolítico o de la piedra pulimentada.

Del bronce.

Del hierro.

Refiriéndose a ellos, según de su estructura, su materia o su perfección se desprende, clasifican los diversos útiles y objetos encontrados, ya en las cavernas habitadas por las primitivas razas, ya en los bancos formados por acumulaciones de diferentes despojos, en el fondo de los lagos o en terrenos que movimientos sucesivos han contribuido a cambiar de posición respecto a la superficie.

La geología, la antropología y la arqueología, reuniendo así sus fuerzas, aspiran después de allegar los datos suficientes a echar los cimientos de una nueva historia. Como dejamos apuntado, todos los países han contribuido a esta empresa colosal, y el nuestro, aunque uno de los últimos a llevar su parte, no es por cierto el que menos ha coadyuvado al éxito.

Ya algunas personas ilustradas, que desde el fondo de su gabinete siguen el movimiento científico de Europa, habían hecho algunos estudios aislados; ya un profesor eminente había llamado la atención hacia los interesantes problemas que ofrece la antropología, cuando apareció el notable libro del señor Góngora, titulado Antigüedades prehistóricas de Andalucía, y con la aparición de este libro España se colocó a una decorosa altura.

En otros países la protección de los Gobiernos, los esfuerzos de las asociaciones y el generoso e ilustrado apoyo de los particulares, había permitido hacer estudios serios y dar a luz publicaciones costosas. En España, un hombre solo, sin otro impulso que el de su fe en la ciencia, no ha vacilado en sacrificar su modesta fortuna, primero en viajes y exploraciones, y después en la publicación de una obra que, entre otros méritos, tiene el de ser modelo acabado de tipografía y muestra de lo que respecto a libros ilustrados puede hacerse con elementos puramente nacionales.

El señor Góngora en este libro aporta nuevos e importantes datos para escribir la historia de las primeras razas que habitaron nuestro suelo; pinta con sencillez, pero con gran verdad y color, los apartados lugares que ha recorrido buscando las casi borradas huellas de los primitivos pobladores de las comarcas andaluzas, y, entre otras no menos ignoradas y curiosas, describe la Cueva de los Murciélagos, situada cerca de Albuñol, misteriosa y antiquísima necrópolis, en la cual tuvieron sepultura más de cincuenta cadáveres pertenecientes a épocas que traspasan el límite

conocido de la historia.

El estudio de los cráneos y osamentas recogidos allí; la descripción y clasificación de las armas de piedra, utensilios de madera y hueso, vasijas de barro, restos de vestiduras y objetos de esparto tejido, como gorros, túnicas, bolsas y escudos, al que se reúne el hallazgo de una diadema de oro puro groseramente batido; adornos y ofrendas, consistentes en caracolas, colmillos de jabalí y cabezas de adormideras, prestan a las páginas del mencionado libro un interés que contribuye a aumentar la reproducción de muestras de una escritura desconocida encontrada en la Cueva de los Letreros, y noticias de cavernas, sepulturas, túmulos, dólmenes y recintos sagrados de un período tal vez posterior, pero que se enlazan en cierto modo con ese más obscuro y lejano cuyas sombras trata de disipar la historia. Como era de esperar, el libro del señor Góngora ha obtenido la más favorable acogida, y animado con el éxito a proseguir la empresa, nosotros podemos ofrecer a los lectores de La Ilustración de Madrid los nuevos trabajos y descubrimientos que han de servir de base a la segunda parte de su obra.

La importancia de estos trabajos en la época presente no tenemos necesidad de encarecerla. Hay en las ciencias períodos de análisis y períodos de síntesis. El que atravesamos pertenece a los primeros. Hasta aquí se ha escrito la historia de una sucesión de individualidades, dioses, reyes y héroes. Hoy se reúnen los datos para escribir la del ser colectivo que se llama humanidad. Sobre el abismo en que se habían hundido esas razas desconocidas sólo flotaban nombres; la historia, sentada al borde de ese obscuro abismo, tejía de fábulas maravillosas sus narraciones, con la proverbial seguridad del mentir de las estrellas. Pero del seno de las sombras ha comenzado a surgir la luz, Nínive y Babilonia sacan la cabeza de entre las arenas del desierto; los pueblos aborígenes salen de las cavernas, se alzan del fondo de los lagos o abandonan sus túmulos; primero hemos interrogado sus cráneos, que no tienen la lengua para contestarnos; más tarde hemos encontrado respuesta a nuestra curiosidad en los enhiestos peñones que ostentan rastros de una escritura indescifrable como un enigma, pero que algún día encontrarán su Champollion, como los geroglíficos de Menfis. Entretanto, los mantenedores de añejas teorías, los que se complacen en poblar de sueños los últimos confines de la historia, en la seguridad de no ser desmentidos, pueden decir, en presencia de los hechos que vienen a derribar sus artificiosos sistemas, lo que Macbet ante el espectro de Banquo:

«Antiguamente un muerto metido debajo de la tierra se estaba allí tranquilo. Hoy se rompen todas las leyes de la naturaleza para que salgan a atormentar a los que viven.»

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

